

Los votos del Pontífice en 1865, se cumplieron en 1885. Dios, en sus sublimes planes que no podemos comprender, ha permitido que un hombre llegara á la mayor impiedad posible, y ha querido tambien que despues de colmada la abominacion, se cumplieran los votos de su Vicario.

¡Qué gusanos de tierra tan miserables somos en lo infinito de la Eternidad!

IV. EXTRAVIADO.

ESTUDIANTE Y ANTIGUO PRESO POLÍTICO.—UN MOTIN ESCOLAR.—DE DÍA EN DÍA.—ANTE EL TRIBUNAL DE POLICÍA.—EL CULTO DE MARAT.—GAMBETA Y ESQUIROS.—EL PLEBISCITO.—CONSPIRACIONES.—UN DESERTOR DEL SEMINARIO.—LA GUERRA FRANCO-ALEMANA.—ZUAVO POR FRAUDE.—JORNADAS TRABAJOSAS.—COMPROMISO DISUELTO.—LA MODERNA LEGION URBANA.—GARIBALDI.—LA GUARDIA CIVIL.—TRES PREFECTOS PARA UNA PREFECTURA.—LA COMEDIA DE LAS CORTES MARCIALES.—GENT Y LA BALA PERDIDA.—LOS CLUBS.—LEO TAXIL.

Héme ya en el Liceo de Marsella. Todos mis compañeros conocían poco más ó ménos mi historia, porque un diario liberal, *El Pueblo*, de Gustavo Naquet, la había referido.

Parece que en el caso mió, se dió á la ley una

interpretacion ligeramente torcida, pues cuando me encerraron en Mettray, no tenía la edad que marca el Código. Así es que un abogado republicano, M. Chappuis, escribió un ruidoso artículo con motivo de mi prision, que declaró ilegal; en él acusaba al presidente del tribunal civil y al procurador imperial.

En una palabra; por mi parte estaba yo encantado con esas recriminaciones. Me juzgaba yo un personaje y mis discípulos me veían con curiosidad, á lo menos; efectivamente, no habiendo en las clases un solo alumno que hubiera sufrido prision por causas semejantes á las que me habian conducido á Mettray; á los ojos de los estudiantes yo era en toda forma un *antiguo preso político*. Esto era más que suficiente para que me tuviera yo por un personaje.

Por otra parte, y en virtud de esta circunstancia especial, no era visto con buenos ojos por los superiores del colegio, particularmente por el provisor. Yo estaba al frente de todos los pequeños motines escolares.

No era posible que permaneciera mucho tiempo en el Liceo, bajo estas condiciones.

Á fines del año de 1865, se trató de suprimir las vacaciones de Noche Buena. Los alumnos se indignaron. Los *grandes* se reunieron y acordaron protestar. Cinco ó seis, entre los que yo figuraba,

tuvieron plenos poderes para dirigir el movimiento a aquellos.

Tomamos la resolucion de que, mientras el provisor no derogase su disposicion, las recreaciones se verificarían *en boucan*; esto es, que en vez de jugar, los alumnos se reunirían en grupos en los corredores para arrojar gritos en todos los tonos posibles; en una palabra, para ejecutar una verdadera cencerrada.

El programa se cumplió al pié de la letra. No bien terminaban las clases, cuando todos, externos é internos, nos diseminábamos en grupos y arrojábamos interminables ahullidos. Era una algaravía de que no es fácil formarse una idea. Los vecinos se preguntaban mutuamente si el Liceo se habia pronunciado, si estábamos en los momentos de extrangular á los profesores y poner fuego al edificio.

Los infelices maestros de estudio, acorralados y despreciados, no sabían qué partido tomar.

Ademas, yo habia escrito un virulento artículo contra el provisor; y el *Pueblo* le dió hospitalidad en sus columnas. Recortamos el artículo y lo fijamos en cada clase y todas las salas de estudio; estaba firmado con todas sus letras, por este nombre: *Gabriel Jogand-Pagés*.

La cencerrada duró tres días. Á fin de poner término á ésta, el provisor re-

solvió complacer á los alumnos, viendo que el motin estaba perfectamente organizado—pues todo el Liceo tomaba parte en él—y que si sostenia su disposicion no le quedaba otro medio que cerrar el establecimiento. Sin embargo, á fin de conjurar la repeticion de semejante escándalo, ordenó la expulsion de los autores de éste. No hay para qué decir que yo fui el primer expulsado.

Los padres se quejaron y multiplicaron sus influencias. La administracion, que no era testaruda cedió tambien, y los alumnos expulsados fueron recibidos de nuevo, excepto yo. Era preciso un ejemplar. Mi artículo no podía ser perdonado; habia yo exaltado mucho el espíritu de insubordinación; así pues, pagué, en calidad de jefe del motin, por todos los revolucionarios.

Con esto colmé la medida á mi padre.

Por supuesto, que, aunque no me faltaba más que un año para concluir mi carrera, no quise ya oír hablar de colegio. Tuve el atrevimiento de pretender que me vastaba á mi mismo.

Desde luego me fui á la casa de mi abuelo; en seguida me aboné en un hotel. Desde entonces se determinó una absoluta separacion entre mi familia y yo.

Sabe Dios cómo viví al principio. Conseguía noticias para los periódicos, que en resumen de cuentas nada me pagaban. Al fin y al cabo, mi

padre era quien tenía que pagar mi abono. Entiendo que los únicos resultados pecuniarios que me dió mi pluma por aquel entónces, fueron los de algunas canciones que compuse para los cafés cantantes de la ciudad.

Yo estaba extraviado.

En las noches, por un resto de amor á la instruccion, asistia á la cátedra de fisica de la Facultad.

Por lo demás, me conducia como un verdadero pilluelo.

Por ejemplo: una noche al volver de la clase, tuve la hermosa idea de ir á romper las vidrieras de M. Lambert, comisario de la demarcacion. Otra vez fui á hacer lo mismo con los vidrios de la casa que habitaba el abate Daspres, vicario de la parroquia; solo que me cogió en *fraganti* delito un vecino del abate. Entregado á la policia, obtuve como recompensa de semejante hazaña tres dias de prision, no obstante los afanes de mi abogado el Sr. Bruto Bouchet, á la sazón consejero general, y despues diputado.

No creo que se pueda hallar un pícaro peor que yo, en aquella época.

Se acercó el fin del Imperio.

No siendo yo elector, me puse al servicio de todos los comités revolucionarios, para repartir sus programas, circulares y boletines electorales; por

cierto que desplegué en esta comision un celo de lo más ardiente.

El año anterior, la campaña política había sido muy reñida en las elecciones generales. En las *Bocas del Ródano*, los principales candidatos habían sido Gambetta y Esquiros. Me pareció frío Gambetta y ofrecí mis servicios al comité de Esquiros. Los dos fueron electos por distintos distritos; pero solo Esquiros me inspiraba confianza. Á mi modo de ver, Gambetta había cometido el error imperdonable de hablar mal de Marat, en su proclama á los electores.

Tomé esta proclama muy por lo sério, y recuerdo sus párrafos principales. Puedo citar textualmente y de memoria aquel que me dió en cara. Hélo aquí:

«La democracia sincera, legal, decía Gambetta á los electores marseleses, es la única enemiga de la demagogia, el único freno, el único valladar de los demagogos de toda especie. Hay dos clases de demagogos: se llaman César ó Marat. Ya sea por manos de uno solo, ó por las de una faccion, quieren por medio de la fuerza satisfacer sus ambiciones y sus apetitos. Esas dos demagogias son, en mi concepto, igualmente odiosas y funestas.»

Marat era para mí un Dios. Sentía una profunda veneracion por su memoria. Se vendían en-

tónces en las papelerías retratos fotográficos de los principales hombres de la Revolucion. Yo traía siempre el retrato de Marat en el bolsillo.

¡Y hé aquí que Gambetta, de quien se hablaba como de un *bueno*, como de un *puro*, osaba pronunciar el nombre de Marat con palabras injuriosas! En su paralelo, el candidato lo colocaba abajo de un tirano; segun él, César tenía ambiciones, mientras que Marat no tenía mas que apetitos.

Indignado fui á buscar á M. Leballeur-Villiers.

—¿Sabeis lo que pasa? exclamé. ¡Hermoso está el candidato que nos han enviado los comités de Paris! Se publica en estos momentos una proclama, en la cual el candidato trata á los revolucionarios de demagogos.

Le recité el párrafo.

—¿Qué opinais de este señor, Leballeur?

Para mí Gambetta nos traiciona. Á pesar de sus apariencias de republicano, le veo toda la traza de un clerical.

M. Leballeur-Villiers me calmó. ¡Y no era que aceptara á Gambetta, oh, no! Pero en cierto sentido, el candidato era impuesto por las circunstancias: el proceso Baudin lo había convertido en adversario neto del Imperio. Es verdad que era un republicano moderado, un simple girondino;

pero era preciso sostener su candidatura, aunque fuera con repugnancia.

Esto no era para mí. M. Leballeur Villiers me manifestó que Gambetta era un zorro; que teniendo un rival tan temible como M. de Lesseps, candidato oficial, guardaba ciertas apariencias para atraerse á los legitimistas y orleanistas. La alucion contra Marat tenía por objeto adular á los nobles y agradar á la clase media.—Pero bien ¿y el pueblo? le repliqué, ¿acaso no lo toma en cuenta? ¿Qué significa este candidato dos caras, que deseando adular á los aristócratas y á la clase media, no teme desagradar al pueblo? . . . Por lo que á mí toca, no distribuiré una sola boleta de este tartufo.

En cambio, aunque únicamente en el Liceo, secundé con todas mis fuerzas al comité de Esquiros. ¡Ese era mi tipo, Esquiros! Había escrito la *Historia de los Montañeses*; no trataba á los revolucionarios de demagogos. Así es que por las noches, al volver del colegio, recorría las calles de la demarcacion y echaba boletas de Esquiros en los buzones de todas las casas.

En 1870, fui aun más exaltado. Era independiente en los momentos del plebiscito. Vivía separado de mi familia, y no tenía ya á quien dar cuenta de aquello en que empleaba el tiempo.

Luchaban todos los republicanos para lograr

que se votara, *no*. Emprendieron una propaganda de todos los diablos.

Entre las distribuciones de boletas que debían hacerse, había una difícil, y para la cual los comités tenían necesidad de entusiastas diestros á la vez que resueltos; la distribucion al ejército.

Me ofrecí para ejecutarla al comité revolucionario cuyo presidente era Gaston Cremieux, un joven abogado que publicaba poesías muy violentas en el periódico de los Sres. Levalleur-Villers y Rollannez.

Cremieux meditó en que un joven de diez y seis años no inspiraría sospechas, y me encargó de una parte de la distribucion en los cuarteles. Me trasladaba, pues á todas partes en que había tropa; me acercaba á los soldados y les daba proclamas anti-plebiscistas, y boletas con el *no*. Un día, con habilidad logré entrar á un hospital militar; tanto así era mi deseo de justificar la confianza que puso en mí Gaston Cremieux.

Fueron numerosos en Marsella los votos contra el Imperio. Me sentía orgulloso de su resultado, como si hubiera sido un triunfo personal.

Se conspiraba entonces por todas partes. Yo vivía en la conspiracion como un pez en el agua.

Entre varios lugares secretos, había uno que frecuentaba yo mucho: estaba situado en el cuar-

tel del *Vieux-Port*, en una oscura callejuela que descendía del *boulevard* de la *Corderie* (jarciería) hácia la Nueva-Rivera; la sala servía tambien algunas veces para Lógia de franc-masones; los muros tenían vestigios de sus emblemas. Ahí se excitaba á la rebelion, se entusiasmaban mutuamente los conspiradores, y cada quien se mostraba impaciente por empuñar las armas.

Cierta noche, un jóven de diez y nueve años, de cara picada de viruelas, y cabellera en desórden, nos recitó unos versos contra *el dèspota*, que produjeron en nosotros un gran entusiasmo; este jóven era nuevo en la reunion. Había venido de *Vaucluse*. Dotado de un temperamento muy ardiente, quiso en un principio ser sacerdote y pasó su juventud en el seminario. Despues, no sintiendo la vocacion del sacerdocio, colgó los hábitos, y á instancias de su compatriota Raspail, vino á lanzarse en la tormenta revolucionaria. Esta conducta, esta semejanza de antecedentes me llenaron de admiracion por él. Al concluir la sesion fui á darle un fuerte apretón de manos, diciéndole.

—¡Bravo, ciudadano! yo tambien fui educado en el error, y, como vos me he convertido á la verdad. ¿Quereis que seamos amigos para siempre?

—¡Toda la vida, hasta la muerte! me contestó con su fogsidad meridional.

—Nos abrazamos.

M. Royannez ó alguno otro le habia dicho quien era yo. Él á su vez me dijo su nombre; se llamaba Clovis Hugues.

De esta manera pasaba el tiempo, arrastrando una existencia sin objeto, frecuentando los clubs, borroneando papel, tomando parte en todas las manifestaciones populares.

Sin embargo, cuando estalló la guerra, no me incorporé con la multitud. La inmensa mayoría gritaba: ¡A Berlin! Todos creían que íbamos á devorar de un bocado á nuestros enemigos los prusianos; los amigos y los enemigos del gobierno estaban conformes en ese punto. Solo que los republicanos aseguraban que ello serviria para que el Imperio se consolidara.

El comité revolucionario presidido por Gaston Crémieux decidió que debía organizarse una gran manifestacion en favor de la paz.

Y se verificó en los primeros dias de Agosto.

Logramos formar una reunion bastante numerosa, y con bandera en mano recorrimos las principales calles de la ciudad.

Como la manifestacion heria el sentimiento público, no estuvo escasa de accidentes. Nos silbaron de lo lindo, y nos cambiamos algunos bofetones. Un zapatero que era el abanderado, se condaajo como un héroe de los tiempos antiguos, defendiendo con valor el estandarte contra la mal-

titud que gritaba: «Mueran los prusianos.» En la plaza de la alcaidía el tumulto se puso sério. La gendarmería cargó sobre nosotros; se hicieron algunas aprehensiones.

Cuando fué disuelta la procesion, me volví triste á mi casa, reflexionando con amargura sobre las inconsecuencias de la multitud. Siendo republicano el pueblo de Marsella, no podía yo comprender que aprobara una guerra que debía beneficiar al Imperio.

Verdad es que en aquellos momentos todos soñaban en victorias; el pueblo Marsellez, olvidándose del Imperio anhelaba el triunfo de la Francia.

En los cafés-cantantes se cantaba la *Marsellesa*. La escaramuza de Sarrebruck había parecido una gran batalla. Despues, la heroica jornada de Wissembourg, era un combate cuyo resultado había sido malamente expuesto por la prensa. El 9 de Agosto circularon en toda la ciudad los telegramas más absurdos. Se decía que Mac-Mahon había destrozado el ejército del Principe real de Prusia, que era ya nuestro prisionero con 25,000 alemanes, y quedábamos dueños de Landan.

Así pues, los manifestantes en favor de la paz estaban de capa caída.

Pero la loca embriaguez de la multitud no podía durar. Cuando supo á que atenerse respecto á las operaciones militares de las orillas del Rhin:

cuando se conocieron con toda su terrible realidad los hechos de Reischoffen y Forback sobrevino un desengaño espantoso. Entonces la exaltacion pública cambió de aspecto. No se gritaba ya: ¡A Berlin!, sino: «¡Salvemos la Francia!»

Me había sobreexcitado extraordinariamente la noticia de nuestros desastres. En semejantes circunstancias hice causa común con la multitud, y me separé de mis amigos pertenecientes á los clubs revolucionarios, cuya opinion era que se debía «dejar al Imperio destruirse solo»

—Ah, decían, si no estuviera al frente de Francia un emperador, la cosa sería muy distinta. Que se proclame la república, y entonces tomaremos las armas para defender el territorio nacional.

La suerte de la patria les era indiferente, desde el momento que no tenía el gobierno que deseaban.

Estaba yo indignado contra semejante actitud; y hoy me pregunto: «¿cómo esta conducta de los revolucionarios no me abrió los ojos?» Ante las hostilidades estaba por la paz, pero obté por la guerra desde el momento en que el sol francés fué eclipsado.

El 16 de Agosto resolví darme de alta. Solo que para ser admitido como voluntario en el ejér-

cito, era preciso, según la ley tener diez y ocho años, y yo no contaba más que diez y seis.

¿Cómo vencer esta dificultad?

Me trasladé al registro-civil, é hice que me dieran una copia de mi fé de bautismo. Esta decía que nací el 21 de Marzo de 1854. Raspé el 4 y escribí 2. De este modo, el extracto del registro civil me daba los diez y ocho años reglamentarios. Nada podía ya oponerse á mi enganche en el ejército. Había yo cometido un delito; pero confieso que ese crimen no me ha causado el menor remordimiento.

Tenia yo además otro impedimento; soy extremadamente miope. Pero como es muy fácil disimular este defecto, logré ocultarlo sin trabajo al comparecer ante el *tribunal de revision*. Experimenté un gran júbilo cuando el mayor, después de examinarme en ménos de un minuto, pronunció las palabras de ordenanza: „Bueno para el servicio.“

El 3.º de zuavos fué el regimiento en que senté plaza. (17 de Agosto).

La mayor parte de los nuevos soldados creían que iban á ser enviados al teatro de la guerra. No fué así. Enviaban por de pronto á los voluntarios á la ciudad en que se hallaba la guarnición de su regimiento en tiempo de paz; de manera que aquellos que, como yo, habían querido ser zuavos pa-

ra ir inmediatamente al fuego, eran despachados á Algeria.

Protestamos,—tanto cuánto es posible protestar en el ejército—cuando estando ya en el cuartel, se nos dijo que partiríamos con destino á Toulon para embarcarnos. A fin de calmar nuestras patrióticas inquietudes, se nos manifestó que era indispensable ejercitarnos un poco en el manejo de las armas, y que esto no podía verificarse sino en el depósito del regimiento. Un soldado no se pertenece: nos vimos, pues obligados á ocultar nuestro mal humor; nos parecía que no había necesidad de enviarnos tan léjos para enseñarnos el manejo del sable.

El 18 de Agosto en la noche llegamos á Toulon. Eramos muchos miles de voluntarios destinados á embarcarnos. El 19 en la mañana nos trasladaron á varios navíos. Yo pasé á bordo del *Intrépido*.

El 21 anclamos en Alger. Desembarcaron los soldados del 1.º de Zuavos, y el navío siguió adelante, llevando á los del 3.º á Philippeville.

Sthora se llama el puerto en que el *Intrépido* echó anclas el día 23. Es una pequeña población que está á algunos kilómetros de Philippeville. Después de tres días que permanecemos en Stora, tomamos el tren de Constantina, ferrocarril re-

cientemente construido, y el 27 llegamos al depósito.

Fuí incorporado á la 7.^a compañía del 1.^{er} Batallón. Nuestra compañía no tenía capitán; el oficial que hacía sus veces, era el subteniente Larguillé.

Para ejercitarnos nos llevaba á la region montañosa de que Constantina es uno de los puntos culminantes; es decir, al Atlas. La montaña en que acampábamos es la Djeb-el-Ouach. Es un país muy hermoso; pero horriblemente salvaje; de noche las hienas y los chacales merodeaban á nuestro derredor, para devorar los desechos de nuestro alimento, y nos daban conciertos que nada tenían de melodiosos.

El Campamento permaneció en Djeb-el-Ouach hasta el 7 de Setiembre.

Este día, muy de madrugada nos dieron la orden de «mochilas á la espalda» y nos pusimos en camino, á través de las montañas, sin saber á donde íbamos.

Muy pocas veces he visto un país tan bello, tan pintoresco como aquel que atravesamos, en esa caminata por montes y valles.

La primera jornada, del 7 de Setiembre tenía por término á Smendou que, á vuelo de pájaro dista 27 kilómetros de Djeb-el-Ouach; esto es, más de 30 kilómetros por el camino carretero. Pero,

¡que aprisa caminamos! Todo mi equipo de zua-vo no me pesaba una onza.

¡Qué placer experimentábamos en ir siguiendo al rio Oued-el-Kébir, que desciende de los altos riscos de donde partimos, que blanco y espumoso corre con estruendo, serpeando graciosamente, precipitándose en seguida por rocas abruptas, lanzándose en desfiladeros grandiosos, en abismos profundos y salvajes, y acompañándonos alegre con su música de torrente impetuoso que salta de cascada en cascada.

En ese día nos pareció muy corto el camino.

A otro día, la segunda jornada. De Smendou á El-Arrouch hay 33 kilómetros. Este camino fué tambien agradable. Atravesamos El-Kantour sin detenernos en él, y á la hora del crepúsculo llegamos al término de la jornada. Había sido día de mercado en El-Arrouch, y la pasamos bien. Más por otra parte, el mercado atrajo á los alrededores ciertos huéspedes de las selvas, nada cómodos por cierto. Toda la noche nuestra columna estuvo atizando luminarias para alejar á las bestias feroces. Por lo demás, nos fué imposible cerrar los ojos, tan estridentes así eran los bramidos de aquellas fieras. A otro día por la mañana, á la hora de marchar, los vecinos nos contaron que las panteras del país habian tenido una campaña.

Á los primeros rayos del sol, emprendimos el camino. Esta tercera jornada debía ser más larga; tenía cuarenta y cuatro kilómetros, pero descansaríamos un día entero en Semmapes.

En esta vez la jornada no fué alegre. Comenzábamos á cansarnos. De El Arrouch á San Carlos, por Gastonville el camino fué monótono. Además, para trasladarnos de San Carlos á Semmapes, había que pasar por montañas escarpadas, y estos ascensos y descensos que nos habían encantado al principio del viaje, no cuadraba mucho que digamos á nuestras piernas rendidas.

En esta parte de nuestra peregrinacion tuvimos, no diré el placer, pero sí la particularidad de encontrar un soberbio leon que, muy tranquilamente instalado sobre un peñasco, á cierta distancia del camino, nos vió pasar sin hacernos la menor amenaza. Se cerraron las filas; los que cantaban, guardaron silencio; nos limitamos á ponernos en guardia para un caso de ataque y, absteniéndonos de hacer cualquiera provocacion, seguimos gentilmente nuestro camino.

Creo que el señor leon y nosotros nos vimos mutuamente con simple curiosidad. Cuando dejamos atrás al magestuoso personaje, algunos *valientes* criticaron el que no hubiéramos hecho uso de nuestros rifles, pero les dejamos hablar.

En Semmapes, á donde llegamos muy tarde en

la noche del 9 de Setiembre, supimos que acababa de ser proclamada la República en Francia. Los numerosos proscritos del golpe de Estado nos hicieron una recepcion calurosa. Por nuestra parte, pedimos á una voz regresar á Philippeville.

Probablemente habían telegrafiado al comandante del batallon dándole órdenes nuevas, pues á otro día nos participó que no tendría lugar el descanso prometido, ántes bien, nos pondríamos en marcha para el puerto en que debíamos embarcarnos. Había que desandar parte de la jornada anterior y que hacer otra de treinta y ocho kilómetros. Muchos habían alardeado de sus fuerzas; yo entre ellos. Tenía la mejor voluntad del mundo, pero á los diez y seis años no es posible resistir semejantes jornadas, y estaba extenuado.

En la mañana, pude aún caminar; pero al medio día mis piernas se negaron resueltamente á llevarme. Desesperado me senté á la orilla del camino, y dije "adios" á mis compañeros.

Hacia un calor sofocante. El sol abrasaba aquellas montañas de Algeria; tenía yo la boca seca, y no había una gota de cualquier líquido con que saciar mi sed. Me arrastré como pude hácia un barranco; distinguí en el fondo un pequeño charco de agua; á toda costa me era preciso llegar ahí. Con mil trabajos llegué arrastrándome de rodillas. ¡Horrible espectáculo! Aquel charco que